

SI LA COSA FUNCIONA

Whatever works
Woody Allen, 2009

[Script español](#) • [English script](#)

ALLEN: MEJOR SIN WOODY

Allan Stewart Königsberg, nacido en Brooklyn el 1 de diciembre de 1935, se dio a conocer como Woody Allen, un cómico feo, canijo, ácido y masoquista, que hacía reír a las masas.

Ya desde niño desarrolló una afición inusual por el cine: "A la edad de ocho o nueve años no había un actor o actriz que no pudiera identificar. A partir de los 13 años comencé a darme cuenta de que algunos directores eran mejores que otros". Tampoco tardó en comprender que, mientras "el cine americano era básicamente de entretenimiento y escapista, el cine europeo era más combativo y adulto".

Después de una etapa escolar acortada por la expulsión, escribió alguna comedia y con sólo dieciséis años fue contratado para escribir sketches que eran interpretados por otros y, más adelante, por él mismo. Hasta casi los treinta años, trabajó como humorista de cabaret. "Luego escribí un guion que se convirtió en una película horrible [*¿Qué tal, gatita? (What's new pussycat?)*, 1965]. Así que dije: nunca más volveré a hacer una película a menos que la pueda dirigir". Un año después, dirigió *¿Qué pasa, tigre? (What's up, Tiger Lily?)*, tan mala como la anterior. "Fue una experiencia horrorosa, una empresa estúpida y juvenil. El productor realizó algunos cambios que a mí me parecieron horribles y puse un pleito para evitar que se estrenara. Pero la película se estrenó y consiguió unas críticas muy buenas, así que retiré la demanda". Por fin, en 1969, estrenó una comedia que merecía la pena, escrita, dirigida e interpretada por él mismo: *Toma el dinero y corre (Take the Money and run)*.

Durante una década, todos los guiones escritos por Allen debieron cumplir con el requisito comercial de ser interpretados por Woody, un personajillo irrisorio, pero rentable. La primera película de Allen sin Woody fue *Interiores* (1978), drama interpretado esencialmente por mujeres. Ni el público ni los críticos perdonaron esta deserción del humor y de su actor fetiche, por lo que Woody volvió a protagonizar otras cinco películas. En una de ellas, *Recuerdos* (1980), encarnaba a un director de cine cuya decisión de no volver a hacer comedias despertaba la repulsa de sus admiradores, que le exigían películas "como las primeras". En 1985, probó con Jeff Daniels, que ocupó su puesto en *La rosa púrpura de El Cairo*. Esta vez la sustitución tuvo mejor acogida. A partir de entonces, sus ausencias se hicieron más frecuentes: *Días de radio* (1987), *Septiembre* (1987), *Otra mujer* (1988), *Alice* (1990), *Balas sobre Broadway* (1994)... Claro, que no siempre pudo conseguir su propósito. Sobre *Desmontando a Harry* (1997) dijo: "Me hubiera gustado que la hubiera protagonizado otro. Estuve luchando hasta tres semanas antes de empezar a rodar. Se la ofrecí a media docena de personas y, por una u otra razón, no conseguí a nadie. Yo fui mi última alternativa". Un año después logró escurrir el bulto en *Celebrity* (1998), pero

volvió a actuar en las cinco películas siguientes. *Scoop* (2006) fue su adiós casi definitivo como actor, ya que después sólo apareció en un sketch de *A Roma con amor* (2012).

Los guiones no protagonizados por Woody pueden dividirse en dos grupos y una excepción: los escritos para su personaje habitual (Owen Wilson lo encarnó del modo más convincente en *Midnight in Paris*, 2011), los que no guardan relación con él (como la adaptación de *An American tragedy* en *Match point*, 2005) y el caso excepcional de *Si la cosa funciona* (*Whatever works*, 2009), cuyo protagonista, Larry David, permite a Allen ser abiertamente agresivo por primera vez. Allen había declarado: "Los personajes que yo interpreto viven siempre con un sentimiento de culpa"; éste, en cambio, considera culpables a todos los demás.

El guion de *Si la cosa funciona* fue escrito en 1976. Allen, que había protagonizado *La tapadera*, dirigida por Martin Ritt y coprotagonizada por Zero Mostel, escribió para éste una comedia ácida, pero la muerte del actor desbarató el proyecto y el manuscrito quedó relegado más de treinta años, hasta que Allen lo retomó para encargar el papel a Larry David. "Estaba pensando en quién podría interpretar este papel con bastante humor y fuerza como personaje y pensé que Larry sería divertido. Larry me dijo que cometía un error al contratarlo, que no tenía muchos registros, que era terrible y todo lo demás. Y luego, de manera sorprendente, todo salió bien a la primera toma, estuvo simplemente fantástico, un actor natural".

Larry David no es un rostro habitual en el cine, aunque Allen ya le había dado un par de papelitos en *Días de radio* (1987) y en *Historias de Nueva York* (1989). Escritor, productor y director, David es uno de los creadores de la serie *Seinfeld* (180 episodios entre 1989 y 1998), que tiene muchos puntos en común con *Whatever works*: se desarrolla en Manhattan, cuenta la relación del protagonista con tres amigos y sus diálogos están cargados de ironía y mordacidad.

Como alter ego de Allen, David mejora el original. Su edad (doce años más joven), su estatura y un cráneo depredador irradian el vigor necesario para encarnar un personaje desenvuelto y libre de complejos, que se expresa con una belicosidad impensable si lo hubiese interpretado el propio Allen. Las primeras palabras que se escuchan en *Si la cosa funciona* son: "¡Yo no he dicho eso, imbécil! ¡Tergiversais por completo mis ideas! ¿Por qué me molesto en hablar con semejantes idiotas?" Es Boris Yellnikoff (Larry David) tomando un café con sus amigos en la terraza de un bar. Tras definir la vida como una "cámara de los horrores" y el género humano como una cuadrilla de "estúpidos, egoístas, codiciosos, cobardes y gusanos cortos de vista", Boris se levanta y se dirige a la cámara para arrojar su carta de presentación a los que hemos "pagado un buen dinero por la entrada para que algún idiota de Hollywood se compre una piscina más grande":

"¿Por qué querríais oír mi historia? ¿Nos conocemos? ¿Nos caemos bien? Dejad que os diga una cosa, ¿vale? No soy un tipo agradable. El encanto nunca ha sido una prioridad para mí. Y, ¿sabéis?, ésta no es la película almibarada del año. Así que si eres uno de esos idiotas que necesitan sentirse bien, ve a que te den un masaje en los pies (...) Hablo de ti, de tus amigos, de tus colegas, de tus periódicos, de la tele... A todos os encanta hablar, llenos de información equivocada. Moralidad, ciencia, religión, política, deportes, amor, tu cartera, tus hijos, la salud...

¡Cristo! Si tengo que comer nueve raciones de fruta y verdura al día para vivir, no quiero vivir. ¡Odio las malditas frutas y verduras! ¡Y tu omega 3, y la cinta de correr, y el cardiograma, y la mamografía, y el sonograma pélvico, y... ¡Oh, Dios mío! ¡La colonoscopia! Y, con todo ello, sigue llegando el día en que te meten en una caja. Y venga la próxima generación de idiotas que también te dirán todo sobre la vida y decidirán lo que es más apropiado para ti. Mi padre se suicidó porque los periódicos de la mañana lo deprimían. ¿Y podéis culparle por ello? Con el horror y la corrupción y la ignorancia y la pobreza y el genocidio y el sida y el calentamiento global y el terrorismo y los tarados de los valores familiares y los tarados de las armas... ¡El horror!, dijo Kurtz al final de *El corazón de las tinieblas*. ¡El horror! Kurtz tuvo suerte de que no le llevaran el Times a la jungla. Ahí sí que habría visto el horror. Pero, ¿qué haces tú? Lees sobre una masacre en Darfur o un autobús escolar que explota, y dices, ¡Dios mío! ¡Qué horror! Y luego pasas la página y terminas de comer tus huevos de cultivo ecológico. Porque, ¿qué puedes hacer? ¡Es apabullante! Yo también intenté suicidarme. Es obvio que no salió bien. Pero, ¿por qué vais a querer oír esto? ¡Cristo, ya tenéis vuestros problemas! Estoy seguro de que estáis obsesionados con un montón de tristes esperanzas y sueños. Vuestras previsiblemente insatisfactorias vidas amorosas. Vuestros negocios fracasados. ¡Ojalá hubiera comprado esas acciones! ¡Ojalá hubiera adquirido aquella casa hace unos años! ¡Ojalá me hubiera lanzado con aquella mujer! Ojalá esto, ojalá aquello. ¿Sabéis qué? Dejadme en paz con vuestros 'pudo ser' y 'debió ser'. Como decía mi madre, si mi abuela hubiese tenido ruedas habría sido un tranvía. Mi nombre se barajó para el premio Nobel de Física. No lo gané. Pero ya sabéis, todo es política, como cualquier otro falso honor".

Allen nunca había expuesto su "visión global" con tanta agresividad. ¿Acaso podría Woody injuriar a otro llamándolo gusano y corto de vista? No, Woody es una liebre; David, un lobo. Gracias a David, Allen puede escupir su mala baba sin perjudicar la imagen de Woody. Puede, por ejemplo, decir que los Estados Unidos son una nación "bochornosa, violenta, prejuiciosa, analfabeta, sexualmente reprimida y mojigata", algo que ya había dado a entender, pero nunca había dicho de forma tan explícita, con tanta rabia. Amedrentado de su propia voz, Allen se excusa: "Yo escribí el guion, así que obviamente es la forma en que veo la vida. Pero Boris no expresa mis ideas totalmente. En realidad, es una exageración extrema de mis sentimientos".

El argumento de *Si la cosa funciona* es el siguiente: Boris Yellnikoff, un misántropo que asegura haber sido propuesto para el premio Nobel de Física, vive solo en Manhattan sin otra relación afectiva que un grupo de amigos que soportan sus peroratas cargadas de malhumor y pesimismo. Una noche, al regresar a su casa, es abordado por Melody, una joven sureña que ha venido a la ciudad huyendo del fundamentalismo religioso de sus padres. Boris la acoge en su apartamento y entre los dos no tarda en producirse una extraña simbiosis: él la enamora con su sabiduría y ella le humaniza con su ingenuidad. Un año después, contra todo pronóstico (Melody es un pimpollo y Boris un sesentón lisiado), se casan. La cosa funciona hasta que Marietta, la madre de Melody, da con su hija y facilita su seducción por un joven actor. De nuevo solo, Boris se arroja por la ventana, yendo a caer sobre una mujer que se convertirá en su nueva pareja. En cuanto a los padres de Melody, tan pronto reciben los aires modernos de la ciudad se despojan de su mojigatería provinciana: Marietta se convierte en una mujer mundana que vive con dos hombres y John descubre que siempre ha sido gay.

De todas estas historias, todo el interés se centra en la primera, la de Pigmalión derrotado por Celestina. En ella, Allen reescribe una de sus fantasías preferidas: la adolescente bonita que se enamora del viejo sabio. El triunfo de la sabiduría sobre la falta de atractivo físico y las pocas aptitudes amorosas.

No niego que un vínculo de este tipo sea posible, hay ejemplos. El escritor nobel y una periodista de medio pelo, como Camilo José Cela (n. 1916) y Marina Castaño (n. 1957), con 41 años de diferencia de edad. O el dramaturgo, también nobel, y una actriz de poco talento, como Arthur Miller (1915) y Marilyn Monroe (1926), separados por un abismo cultural. O el genio y una coreana sin destrezas conocidas, como el propio Woody Allen (1935) y su ahijada Soon-Yi Previn (1970), conjunción de las dos anteriores. En el primer ejemplo, la periodista vio una oportunidad de medrar y no la desaprovechó; en el segundo, la chica no sólo sentía la erótica del saber, también la del béisbol, la del poder y parece que cualquier otra; en el tercero, la relación venía facilitada por la cercanía doméstica. Cuando *Whatever works* celebró su premiere, en abril de 2009, Woody Allen había cumplido 73 años y Larry David, 61. Frente a ellos, Evan Rachel Wood tenía sólo 21 y aún aparentaba menos, quizá ni la mayoría de edad.

Boris Yellnikoff y Melody SaintAnne Celestine se conocen por un capricho del destino. "La importancia del azar en la vida es apabullante. Tú viniste al mundo por un hecho casual en algún lugar del Mississippi. Yo surgí de la unión de Sam y Yetta Yellnikoff en el Bronx, décadas antes. Y a través de un encadenamiento astronómico de circunstancias nuestros caminos se cruzan. Dos fugitivos en el vasto, oscuro, indescriptiblemente violento e indiferente universo".

Boris es un ser ciento por ciento cerebral. Ha sido profesor de mecánica cuántica, da clases de ajedrez y toca el piano. No ha practicado ningún deporte ni ha montado en bicicleta. Ni siquiera sabe conducir. Acepta la certidumbre de la muerte entre estoico y horrorizado. Cuando grita en medio de la noche: "¡Me estoy muriendo!" no es porque le pase algo en ese momento sino porque sufre un ataque de pánico ante la certeza de que cada instante transcurrido lo acerca un poco más a la muerte.

Es la expresión dramática de aquella paradoja ya formulada por Allen, treinta años antes, cuando en el proemio de *Annie Hall*, dos comensales se quejaban de que la comida fuese horrible y además escasa. Esa es la gran contradicción de Boris: la vida lo asquea, pero lo asusta morir. O no, y ahí vuelve a ser contradictorio, porque su cojera se debe a que en una ocasión intentó suicidarse. En cualquier caso, su ataque de pánico permite contemplar el aspecto más débil y conmovedor del genio cuando, temblando, suplica a Melody, con un hilo de voz, que no cambie de canal: "Sí, déjalo... Deja eso." Y eso es algo tan frívolo como el claqué de Fred Astaire.

Melody, cuyos rasgos más llamativos son la juventud y la ignorancia, parece estar en las antípodas de Boris. Todo su curriculum se resume en haber ganado un par de concursos de belleza. Pero es lista. Cuando Boris trata de echarla de su apartamento con una amenaza, "Vuelve a casa o acabarás convertida en prostituta, como esas chicas asiáticas que vienen llenas de esperanzas", Melody caza al vuelo el argumento y le da la vuelta: "No tengo ningún sitio donde ir. Y si usted me echa y me convierto en una prostituta asiática eso caerá sobre su conciencia". Esta capacidad para aprender la convierte en el apéndice ideal para un

maestro. Día a día, Boris comprueba con asombro la facilidad con que la chica asimila cualquier observación suya: "Melody, ¿no te parece que deberías volver a casa, acabar el instituto y quizás ir a la Universidad?" "La otra noche decías que América tenía uno de los peores sistemas de educación del mundo occidental, y que la mayoría de los estudiantes se vuelven zombies estúpidos".

Espontánea, sencilla y alegre, esta pueblerina es el vehículo perfecto para dar una imagen del sexo adolescente apartada del cliché hollywoodense: "Mi mama siempre me dijo que la primera vez me dolería mucho y que el deber de una mujer era echarse y soportarlo. ¿Sabes? Decía que había un montón de perversiones en aquello y que la voluntad de Dios era que no lo hiciera a no ser que estuviera casada y quisiera tener hijos. También decía que podía ser peligroso pero a mí me pareció lo más natural del mundo. ¿Sabes? Yo me sentí bien. Todo fue divertido, no fue complicado para nada. Y creo que a Bobby le gustó de verdad, porque iba a dejar a la chica con la que salía. Pero yo no quise ni hablar de eso. Sólo fue lo que fue, un momento bonito".

Cuando la atracción de los contrarios se deja sentir, es Melody la que da el primer paso: "Boris, ¿qué me dirías si te dijera que me estoy encariñando contigo?" La respuesta del genio no podía ser otra: "Te diría no. Tenemos todo en contra. Nuestra edad, nuestro pasado, nuestro cerebro, nuestros intereses. Aparte de que no tengo ganas de tener relaciones con una mujer, con ninguna. Ni tengo ganas de hacer el amor ni deseo otra cosa que aislarme del mundo. ¿Qué puedo ofrecerte yo? Mal genio, hipocondría, fijaciones enfermizas, ataques de ira y misantropía... ¿Y qué puedes ofrecerme tú, un personaje sacado de Faulkner, no diferente de Benjy? La respuesta es no".

Pero de nada valen sus objeciones. "¿Podéis creer que me casé con ella? ¿Qué me poseyó? La búsqueda de algo que le diera un significado a mi vida, aunque fuera una ilusión... Algo que acallase el pánico".

Como un globo llevado por el viento, la historia de Boris y Melody alcanza cotas de gran altura que tienen su apogeo justo a la mitad del metraje, cuando el destino aporrea la puerta del apartamento subrayando el inicio de la 5ª sinfonía de Beethoven. Es Marietta, la madre de Melody, que viene a pinchar el globo. El nuevo personaje no sólo es fatal para Boris y Melody, también para el relato: con el éxito artístico de Marietta la trama pierde altura; con la aparición de Randy, el galán joven, se estrella. En sólo diez minutos, se pasa de las situaciones palpitantes y los diálogos jugosos a la insipidez de las escenas coprotagonizadas por Randy, sólo salvadas por la presencia surrealista de Melody, una provinciana sin estudios que explica al culto cosmopolita el concepto de entropía y el principio de indeterminación de Heisenberg, una amante ingenua que cree que Randy necesitará la pastilla azul de la que Boris no puede prescindir.

La inquina de Allen al diseñar a los rivales de Boris es evidente. Primero fue Perry, tan soso que Melody lo aborreció en la primera cita. Luego Randy, menos soso, pero más pérfido. Sin embargo, hay batallas que no se pueden ganar.

Marietta, el tercer personaje en importancia, protagoniza varias escenas divertidas. Sus réplicas a Boris rebosan agudeza, pero no deja de ser una caricatura tosca del fundamentalismo católico. El resto de personajes que se van incorporando de su mano reciben un tratamiento superficial, tópico, rutinario. Incluso Boris,

contagiado de esta mediocridad, sepulta la angustia de la joven adúltera bajo charlas extemporáneas sobre las inquietudes de los antiguos y observaciones triviales, como lo bien que se encuentra en sus nuevos pantalones. Sí, también Allen se suma a la confabulación para hacer que Boris parezca, por primera vez, indigno de Melody. Pero la desconexión del espectador con Boris dura poco. La escena de la ruptura es conmovedora y devuelve a este personaje el favor del público.

Lo que hace del iracundo Boris un individuo entrañable no es tanto su inteligencia como su sinceridad. Es el único que no miente. Melody tampoco lo hace mientras está bajo la influencia de Boris, pero el contacto con su madre y, sobre todo, la pulsión sexual (no el amor), la corrompen. Se muestra indignada por la conspiración de Marietta y Randy, pero ni rompe la relación con su madre ni vuelve la espalda al pretendiente. Su vientre joven puede más que cualquier consideración y, lejos de rechazar a Randy, dialoga con él, lo sigue, se echa en sus brazos. La conciencia de estar traicionando a Boris, la única persona que le ha tendido una mano, pone en su rostro un gesto afligido y en sus labios una letanía de objeciones convencionales y vanas: "¡No sé qué estoy haciendo aquí! ¡Estoy casada! ¡Oh, Dios mío!"

Al final, Boris encuentra una mujer más apropiada, el amor sofoca sus berrinches y acepta celebrar el Año Nuevo junto a sus amigos. Un poco avergonzado por su concesión, vuelve a dirigirse al espectador para justificarse: "Odio las celebraciones de Año Nuevo. Todos desesperados por divertirse, tratando de celebrarlo de un modo patético. ¿Celebrar qué? ¿Un paso más hacia la tumba? Por eso no me canso de repetirlo: cualquier amor que puedas dar o tomar, cualquier felicidad que puedas atrapar o conceder, cada pizca de gracia temporal... Cualquier cosa que funcione". Y es que Boris odia los clichés, pero reconoce que "a veces un cliché es la mejor manera de expresar tu punto de vista".

ALGUNAS FRASES

Una atracción irresistible después de comentar una comedia de Woody Allen es la de entresacar las frases más chispeantes. En este caso no sé si es fácil o difícil, porque, en general, todo lo que sale por la boca de Boris es destacable. Por ejemplo, su permanente enfrentamiento con los padres de Melody: "¿Por qué todos los psicópatas religiosos acaban rezando en mi recibidor?". Sus discusiones con Marietta: "-Seguro que estaría más contenta si su hija se hubiera casado con quien pescó el siluro más grande de Plaquemines County. -Estaría más contenta si se casara con el siluro." Su forma de explicar a John que su mujer se acuesta con dos hombres a la vez: "-¡Oh, Señor! ¿Y cómo es él? -Tiene cuatro brazos y dos narices." O el diálogo entre el gay convencido y el gay vergonzante: "-Dios es gay. -¡No puede ser! ¡Él creó todo un universo perfecto, los animales, los cielos, las preciosas flores, árboles por todas partes... -Exacto: es decorador." O escenas como la de Melody en el barco de Randy, cuando, habituada al sexo con un sesentón, rebusca en su bolso: "¡Oh, espera! Siempre llevo viagra encima." Y, por supuesto, los sarcasmos dirigidos a los amantes de las armas: "Personalmente, pierdo toda inclinación erótica cuando la mujer es miembro de la Asociación del Rifle", "Si no fuera por la incompetencia sexual, la Asociación del Rifle quebraría", "Este zombi descerebrado de la Asociación del Rifle."

En alguna ocasión, la osadía de Boris roza los límites de lo *correcto*, como cuando sugiere establecer un control de la natalidad mediante la evaluación mental y social de los candidatos a progenitor: “Todos esos imbéciles, hostiles y agresivos, tienen permiso de conducir. Ahora bien, para tener hijos no necesitas permiso, ni pruebas, ni nada. Lo necesitas para pescar. Lo necesitas para ser barbero, para vender perritos calientes... ¿Sabes?, cuando lees lo de esos pobres niños maltratados y hambrientos te preguntas por qué les permiten a sus padres que los tengan...”

Para cerrar esta reseña, elijo una secuencia en la que Allen demuestra que, debajo del callo, hay una epidermis extremadamente tierna. Convencido de que ha llegado su hora, Boris grita en medio de la noche: “¡El horror! ¡El horror!”. Para que se calme, Melody sugiere poner la tele, pero Boris sigue aterrado: “He visto el abismo”. Melody, que no sabe de qué habla, cree que se refiere a la película *The abyss*: “No te preocupes, veremos otra cosa”. Al sintonizar un musical, Boris suplica con un hilo de voz: “Fred Astaire... Sí, deja eso... Es bueno... Deja eso”. Dicen que Voltaire, el gran nihilista, aceptó el consuelo de la religión en el último momento. Lo dudo, pero la historia la escriben ellos (recordad la boda de ancianos al final de *Plácido*). Y Allen, burgués desde las gafas hasta las suelas de los zapatos, hace que su Boris, azote de los gustos y costumbres de sus paisanos, se deje sedar por una de las drogas más falsas y relamidas que ha creado el séptimo arte.

REPARTO

Personaje	Actor/Actriz	Doblaje
Boris Yellnikoff	Larry David	Juan Fernández
Melody	Evan Rachel Wood	Graciela Molina
Marietta	Patricia Clarkson	Marta Angelat
Perry	John Gallagher Jr.	Iván Labanda
Leo Brockman	Conleth Hill	Rafael Calvo
Morgenstern	Olek Krupa	Paco Gázquez
Jessica	Carolyn McCormick	María Jesús Lleonart
Helena	Jessica Hecht	Alba Solá
John	Ed Begley Jr.	Luis Marco
Howard	Christopher Evan Welch	Luis Posada
Joe	Michael McKean	Jaume Comas
Ed	Lyle Kanouse	Carles Canut
George	Adam Brooks	Gonzalo Abril
Randy James	Henry Cavill	Manuel Gimeno
Director de doblaje:		Gonzalo Abril
Traductor y ajustador:		Guillermo Ramos

En abril de 2015 se estrenó en Madrid una versión teatral de *Si la cosa funciona*, con José Luis Gil en el personaje de Boris.

MÚSICA

Composición	Intérprete	Autor
Hello I must be going	Groucho Marx ⁽¹⁾	Bert Kalmer & Harry Ruby
Sinfonía nº 9, 2º movto	Royal Philharmonic Orch.	Beethoven
Salty bubble	Tom Sharpsteen	Ray Ronnei
Butterfly by	Heinz Kiessling	Heinz Kiessling
Happy birthday to you	Larry David	Mildred J. Hill & Patty S. Hill
Honeymoon swoon	Werner Tautz	Werner Tautz
If I could be with you ⁽²⁾	Jackie Gleason	Henry Creamer & James P. Johnson
Buttmeat boogie	Ken Buchanan	Ken Buchanan
Tonight	Angela Maria Egelman	Paul Taylor & Angela Maria Egelman
Wedding march	Royal Philharmonic Orch.	Mendelssohn
Sinfonía nº 5	Royal Philharmonic Orch.	Beethoven
Desafinado	Stan Getz & Charlie Byrd	Antonio Carlos Jobim & Newton Mendonça
Spring will be a little late this year	Red Garland	Frank Loesser
Menina flor	Charlie Byrd	Luiz Floriano... ⁽³⁾
Auld Lang Syne	Dick Hyman	From the motion picture "Radio days"

⁽¹⁾ From the original soundtrack *Animal crackers*

⁽²⁾ If I could be with you (one hour tonight)

⁽³⁾ Luiz Floriano, Maria Helena de Toledo & Giorgio Calabrese

[Otras películas de Woody Allen](#)